



84 viviendas en San Anton

La fachada del edificio de 84 viviendas levantado en San Anton por el equipo Cooperactiva (imagen de la derecha) está compuesta por placas de hormigón prefabricadas que le aportan un abanico de texturas y matices.

La transformación de Bilbao la Vieja ha llegado poco a poco, casi con cuentagotas, o por lo menos con la lenta cadencia que marca el fraguado del hormigón o del yeso. No ha habido en este barrio luces de artificio ni pantanosas inauguraciones a la manera de su vecina Miribilla. Tanto los derribos como los procesos de cirugía urbana han ido llegando poco a poco.

En esa reinención del barrio residencial, el soldado de asfalto es claramente la vivienda de protección oficial, con su plétora de formas, colorines, quiebrros y, en definitiva, formas de decirle al mundo: «¡Aquí estoy!».

Desgraciadamente, de esa diferenciación a la cual aludía Rem Koolhaas en su obra "Delirious New York", concebida para dotar al edificio de una singularidad, al gesto kistch, hay tan solo un paso. Saber establecer un lenguaje para las viviendas del siglo XXI no está siendo tarea fácil, a juzgar por los "catálogos" de viviendas expuestos en macro-barrios de VPO como Zabalgana o Lakua, por citar algunos cercanos, o Sanchinarro y Vallecas, en Madrid, por recordar los más extremos.

El edificio de 84 viviendas en San Anton es uno que, a mi entender, logra un equilibrio entre esa singulari-

dad y el entorno. Por supuesto, habrá opiniones para todos los gustos, ya que el edificio es imponente: una textura de placas de hormigón prefabricadas cierra un volumen que no es tan hermético como pueda parecer por alguna de sus fachadas, ya que, como si de una enorme pieza de ebanistería se tratara, la manzana aparece taladrada en dirección norte-sur, dando de esa manera una continuidad de la calle con el interior de la manzana.

El equipo de arquitectos Cooperactiva, formado por Miguel Gutiérrez, Patxi Corcuera y Ramiro Higuera, tiene amplia experiencia en eso de lidiar con la normativa de vivienda de protección oficial. En los planos del edificio, entre los dibujos de sofás, mesas y camas, aparecen unos círculos misteriosos de distinto tamaño. Esos círculos son las medidas mínimas obligadas por el Gobierno Vasco para cada tipo de estancia. Cualquiera que conozca por dentro una VPO constatará que son de dimensiones generosas, al menos comparadas con las casas de un núcleo urbano sólido como el circundante en esta parte de Bilbo.



Los arquitectos no solo han tenido que lidiar con ese condicionante estricto de medidas. El edificio se coloca sobre una parcela con una topografía inclinada, con un planeamiento urbanístico que ya fijaba a priori la gran parte de la volumetría del inmueble. Tal vez por eso se le ha dedicado una especial atención al tratamiento de la fachada.

La fachada se compone de placas de hormigón arquitectónico prefabricado, una suerte de placas decorativas que confieren al clásico panel prefabricado un abanico de texturas y matices. Los paneles se fabricaron con tres moldes distintos, acanalados, colocados al sur para potenciar la sombra, ondulados en la zona intermedia y placas planas al norte para conseguir un efecto impresionante desde la subida del puente de San Anton. Eso y los pequeños gestos de movimiento en fachada hacen del edificio una pequeña escultura.

En otras obras del estudio, como, por ejemplo, en las 24 viviendas de la vecina calle Cortes, se puede percibir la misma tensión superficial, fruto de pequeñas variaciones en los planos de la fachada. Una estrategia

similar pudo haber elegido el estudio Ganchegui para la construcción de sus viviendas de Abandoibarra. En ese caso, como en los otros dos ejemplos expuestos del equipo Cooperactiva, el edificio se presenta ante el espectador como un material pétreo, inmóvil. O al menos eso parece. Un segundo vistazo, más pausado, hace que se revele esa pequeña sensación de desazón que viene a decir que aquello no es piedra, que no está quieto. El juego de volúmenes sutiles, que sin duda son usados en el interior para conformar estancias diferenciadas y así darle variedad a la repetitiva planta tipo de las viviendas, hace que la fachada cobre un dinamismo mudo pero atronador.

Traigo a colación este edificio no por su fachada o por su implantación en el terreno. Escribo sobre él porque es un edificio que ha debido lidiar con unos requerimientos normativos y económicos muy fuertes, y que, pese a todo, ha sabido encontrar un modo sencillo, pero efectivo, de satisfacer la funcionalidad, los aspectos sostenibles de la edificación, al mismo tiempo que ofrecía una pieza escultórica que descubre matices nuevos a medida que el ojo se posa sobre ella.